

CIENCIA

2^a
edición

EL ATEÍSMO CIENTÍFICO

LA EVOLUCIÓN DEL CIENTIFICISMO

CARLOS JAVIER ALONSO



CARLOS JAVIER ALONSO

EL ATEÍSMO CIENTÍFICO

LA EVOLUCIÓN DEL CIENTIFICISMO

ARGUMENTOS PARA EL SIGLO XXI



Colección: Argumentos para el siglo XXI
Director de la colección: Emilio Chuvieco
© Autor: Carlos Javier Alonso
© Digital Reasons, 2016
www.digitalreasons.es
info@digitalreasons.es
Antonio Cumella, 16- 28030 Madrid (España)

Diseño de cubierta: Enrique Chuvieco. Imagen: Nahhan, de Pixabay
Diseño de interior: Enrique Chuvieco.

ISBN: 978-84-945247-1-4
Depósito Legal: Depósito Legal: M-33244-2016

Ficha bibliográfica: Alonso, Carlos Javier (2016): *El ateísmo científico*, Madrid, Digital Reasons.

Impresión: Publipex. El papel utilizado en la impresión de este libro tiene certificación ambiental FSC y están libres de cloro. Los residuos de la producción se gestionan por empresas certificadas ambientalmente.

Impreso en España

Las afirmaciones incluidas en el libro son responsabilidad exclusiva del autor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ÍNDICE

1. Auge y decadencia de una ideología.....	5
2. Ciencia versus cientificismo.....	17
2.1 Ciencia, cientificidad y cientificismo.....	17
2.2 ¿Es toda la realidad científica?	23
2.3 Las distintas formas del saber humano.	25
2.3.1 El saber ordinario	25
2.3.2 El saber científico	27
2.3.3 El saber filosófico	27
2.3.4 El saber religioso	29
3. El cientificismo en su historia	31
3.1 Las raíces del reduccionismo científico.....	31
3.2 El cientificismo en la edad moderna	36
3.3 El positivismo.....	45
3.3.1 Filosofía de la historia.....	48
3.3.2 Fundamentación y clasificación de las ciencias	49
3.3.3 La sociología como ciencia definitiva y la religión de la Humanidad.....	50
3.4 El cientificismo neopositivista	53
4. Rasgos principales del cientificismo	65
4.1 Deformación ideológica de la realidad.....	65
4.2 Dogmatismo.....	69
4.3 Extrapolación.....	72
4.4 Irrefutabilidad.....	74
4.5 Pseudociencia	77
4.6 Carácter soteriológico.....	81

5. Las principales pseudociencias contemporáneas en el ámbito empírico-natural	85
5.1 El fisicalismo	85
5.1.1 Teoría del «Big Bang»	86
5.1.2 Teoría del Estado estacionario	88
5.1.3 Teoría del «Big Crunch»	89
5.1.4 Teoría del Universo oscilante	90
5.1.5 Teoría del «Big Rip»	91
5.1.6 La teoría de la autocreación del Universo	92
5.1.7 El «Creacionismo científico»	94
5.1.8 El «Materialismo científico»	95
5.2 El biologismo	96
5.2.1 El evolucionismo reduccionista	98
5.2.2 El evolucionismo emergentista	101
5.2.3 La sociobiología	105
5.3 El antropologismo	110
6. Las principales pseudociencias contemporáneas en el ámbito empírico-humano	117
6.1 El socialismo científico	117
6.2 El psicologismo freudiano	137
6.3 Materialismo cibernético	161
7. Algunos exponentes del científicismo contemporáneo	179
7.1 Jacques Monod, el pionero de la genética molecular	179
7.2 Carl Sagan, el padre de la exobiología	185
7.3 Jean Rostand, el científico literato	190
7.4 Konrad Lorenz, el pionero de la etología	193
7.5 Richard Dawkins, el rottweiler de Darwin	202
7.6 Peter Atkins, el humanista ateo	209
7.7 Paul Davies, un panteísta en evolución	212
7.8 Stephen Hawking, un gran físico con discapacidad física	219
8. Epílogo: el científicismo, hoy	227
9. Referencias	243

1. AUGE Y DECADENCIA DE UNA IDEOLOGÍA

A la pregunta: «¿Quién es el más sabio?», que planteó su amigo Querefonte al oráculo de Delfos, este contestó: «Sócrates». Cuando el filósofo ateniense se enteró, pasó mucho tiempo meditando antes de intentar una explicación, pues estaba convencido de lo contrario: «Solo sé que no sé nada». Pero el oráculo no podía mentir, así que finalmente se decidió a visitar a los famosos de su tiempo por ver si lograba descubrir al más sabio. La anécdota la refiere Platón en el diálogo *La apología de Sócrates* en estos términos:

Yo tengo conciencia de que no soy sabio, ni poco ni mucho. ¿Qué es lo que realmente dice [el oráculo de Delfos] al afirmar que yo soy muy sabio? Sin duda, no miente; no le es lícito.» Y durante mucho tiempo estuve yo confuso sobre lo que en verdad quería decir. Más tarde, a regañadientes me incliné a una investigación del oráculo del modo siguiente. Me dirigí a uno de los que parecían ser sabios, en la idea de que, si en alguna parte era posible, allí refutaría el vaticinio y demostraría al oráculo: "Éste es más sabio que yo y tú decías que lo era yo." Ahora bien, al examinar a este —pues no necesito citarlo con su nombre, era un político aquel con el que estuve indagando y dialogando— experimenté lo siguiente,

atenienses: me pareció que otras muchas personas creían que ese hombre era sabio y, especialmente, lo creía él mismo, pero que no lo era (...). Es probable que ni uno ni otro sepamos nada que tenga valor, pero este hombre cree saber algo y no lo sabe, en cambio yo, así como, en efecto, no sé, tampoco creo saber. Parece, pues, que al menos soy más sabio que él en esta misma pequeñez, en que lo que no sé tampoco creo saberlo (Platón, 1985: 155).

Dialogó con los más destacados políticos, poetas, artistas y artesanos, y llegó a una conclusión general: *«Cada uno sabe más que yo en su respectiva profesión, pero en cuanto se sale de ella, en cuanto el político habla por ejemplo de religión, el poeta de filosofía, etc., saben menos que yo, a veces nada, pero siguen hablando con el mismo dogmatismo y certeza con que lo hacían de las cosas de su competencia. Los demás parecen ser más sabios que la mayoría de los hombres y sobre todo que yo mismo; pero no lo son, en la medida en que, a pesar de no saber, piensan que saben; mientras que yo solo sé que no sé nada, sabiendo así más cosas que todos cuantos ni siquiera saben que no saben» (Ibidem: 156).* De este modo, Sócrates se vio obligado a aceptar la verdad del oráculo.

Asistimos así al primer precedente perfectamente documentado en la historia de la filosofía de una operación fraudulenta: la extrapolación, es decir, la acción consistente en aplicar las conclusiones de un campo científico a otro. Algunos conciudadanos de Sócrates incurrían en este error porque, creyéndose tan competentes en todas las materias como en aquella en la que destacaban, desconocían en realidad su propia ignorancia, constituyéndose así en unos arrogantes iletrados. Pues bien, la extrapolación es uno de los rasgos esenciales de una corriente de pensamiento hoy bastante extendida y conocida como científicismo. El científicismo o el reduccionismo científico, en efecto, consiste en una operación de anticientífica extrapolación. El científicista se siente inclinado a extender sus conclusiones sectoriales a una interpretación global del conjunto de la realidad. Parte de su especialidad, pero invade enseguida otros campos y zanja cualquier cuestión filosófica,

moral, política, religiosa. El científico es especialista del salto acrobático porque reduce drásticamente el campo del humano saber a su propia especialidad científica, como luego comprobaremos.

Para evitar equívocos, ante todo, debe recordarse que la ciencia nada tiene que ver con el cientificismo, que es una teoría filosófica errónea que distorsiona la realidad científica en beneficio de ideologías de variado tipo y constituye él mismo una ideología. El cientificismo conforma una absolutización de la ciencia, al tiempo que una injustificada restricción del saber humano que lo reduce exclusivamente al conocimiento científico. Es, en otras palabras, la pseudociencia de quienes piensan que la ciencia lo es todo o, al menos, el medio principal de que disponemos para saberlo todo. Gerard Radnitzsky lo ha descrito como «la creencia dogmática de que el modo de conocer llamado ciencia es el único que merece el título de conocimiento, y su forma vulgarizada: la creencia de que la ciencia eventualmente resolverá todos nuestros problemas o, cuando menos, todos nuestros problemas significativos» (Cit. en M. Artigas, 1989:1). Muchos e importantes filósofos, como Nietzsche, Husserl, Apel, Gadamer, Habermas, Heelan, Kisiel, Kockelmans y otros, han considerado el cientificismo como «la falsa conciencia fundamental de nuestra era». (Ibídem).

Desde esta óptica, el cientificismo se presenta como una de las ideologías imperantes en la mentalidad occidental. Por «ideología» debe entenderse aquel complejo de convicciones fundamentales acerca de la estructura de la realidad, del significado y fines de la acción humana y de la historia que sirven de justificación teórica más o menos explícita para el comportamiento del individuo en el contexto social. Así entendida, la ideología proporciona una visión de alguna manera totalizante de la realidad, la cual sobre todo tiene la tarea de procurar una serie de aplicaciones inmediatas a la conducta práctica, comunicándoles a las mismas una especie de cuadro implícito de referencia y justificación, especialmente por cuanto se refiere al ámbito de los comportamientos sociales. Es realmente innegable el fin de las ideologías que podríamos

denominar «políticas», las cuales han monopolizado durante varios decenios el significado del término «ideología», de tal manera que, inadvertidamente, estamos inclinados a afirmar que, fuera del terreno político, no sería pertinente usar este concepto. Sin embargo, frente al crepúsculo de estas ideologías, es preciso señalar que su lugar ha sido ocupado por otras, y más nuevas, cuya novedad no reside tanto en el hecho de ser más recientes, sino en el de constituir un nuevo tipo.

Frente al carácter de concepción totalizante de la realidad típico del científicismo, la imagen de la ciencia es de muy otro tenor. Las investigaciones epistemológicas desarrolladas en nuestro siglo nos han llevado a reconstruir para la ciencia un retrato bastante diverso, en el cual, sin duda, se salvan dos requisitos importantes —los de objetividad y rigor—, pero precisándose también que estos vienen acompañados de una esencial «relatividad» y «refutabilidad» del propio saber científico. Con el carácter de «relatividad» en ningún modo queremos sostener que el valor de una proposición científica sea relativo al sujeto que la formula, sino al campo de objetos al que cada disciplina en particular se refiere.

Por ser uno de sus rasgos más distintivos, el científicismo se ha venido asimilando al reduccionismo científico. Precisamente, al juzgar como totalidad el propio punto de vista, se constriñe todo el conocimiento humano al aportado por las ciencias, incurriéndose así en un reduccionismo. Este consiste en tomar la parte por el todo: en decir «esto no es más que...». Al limitar toda objetividad a la objetividad propia de las ciencias, y más aún, de las ciencias experimentales, no se está en condiciones de advertir que el conocimiento científico-natural es solo un aspecto del conocimiento humano total. El científicista argumenta mediante razones de precisión y de eficacia, mientras censura de vago y arbitrario aquello que no es científico.

Como acabamos de señalar, el científicismo imperante no acepta como conocimiento válido más que las adquisiciones de las ciencias empíricas, y, por consiguiente, reduce todo el conocimiento humano al aportado por este tipo de ciencias.

De acuerdo con esta perspectiva, la ciencia experimental es el saber riguroso e independiente. No precisa de ningún otro, se basta y se sobra a sí mismo: es el saber auténtico. Pues a ese ilegítimo estrechamiento del saber humano es a lo que se llama «cientificismo», una ideología que se manifiesta como reticencia bastante generalizada ante toda proposición, ante toda argumentación, ante todo aquello que de suyo no sea verificable «contándolo, midiéndolo o pesándolo». Ese ilegítimo estrechamiento del conocimiento humano constituye un deslumbramiento por las ciencias que supone, en realidad, una corrupción del verdadero espíritu científico, porque no está de ningún modo demostrado que solo exista lo que por su propia naturaleza es susceptible de un tratamiento científico-experimental.

El científicismo establece, por tanto, una demarcación entre lo que considera saber científico —único válido y legítimo— y el resto de saberes humanos —conjeturales, cuando no mitológicos, y por tanto, rechazables—. No acepta como conocimiento válido más que las adquisiciones de las ciencias empíricas. Pero, precisamente al no aceptar como conocimiento válido más que las adquisiciones de las ciencias empíricas, restringe todo el conocimiento humano al aportado por este tipo de ciencias, incurriéndose así en un reduccionismo.

Ciertamente existe un reduccionismo metodológico científicamente aceptable. Hay, en efecto, científicos que —por exigencias del método— no quieren salirse del ámbito de los fenómenos y de su método particular. Se centran en el estudio de la parcela que les asigna la disciplina que investigan y renuncian a pronunciarse en otras cuestiones ajenas a su especialidad. Dentro de ciertos límites es perfectamente admisible dicho reduccionismo, siempre que, al menos, no se pretenda hacer de la ciencia el único conocimiento válido de la realidad física o no se convierta una limitación metodológica en una afirmación gnoseológica.

Pero el problema se presenta cuando esta forma de interpretación del mundo denominada «ciencia», que ciertamente

se ha demostrado fecunda, es asumida como la única forma correcta y, en consecuencia, se tiende a excluir modos alternativos de conocimiento, otras formas de saber. Consecuentemente se defiende que un hecho solo puede ser descrito de un solo modo válido, y se mantiene que el único lenguaje relevante es el científico. Se llega así a lo que constituye un «reduccionismo metodológico» inaceptable.

Además, a nadie se le oculta que la aceptación del reduccionismo metodológico implicó en las pasadas centurias cuestionar no solo los saberes no científicos, sino también cierto tipo de saberes científicos. En efecto, no todas las ciencias emplean el mismo método. Las ciencias de la naturaleza se basan fundamentalmente en el método hipotético-deductivo, que intenta conseguir una explicación que dé razón de los hechos observados, es decir, que alcance sus causas, y proporcione un modelo de la realidad observada; toda predicción científica, por lo demás, sigue el modelo deductivo. Pero las ciencias sociales no pueden atenerse a este modelo nomológico de explicación y predicción, puesto que las regularidades que se observan son –por naturaleza de la materia de que tratan– difícilmente predecibles. ¿Son, por tanto, descartables? Ante esto, el científico alegará que «algún día» también la sociología se explicará en términos de física y química. El científico suele recurrir a este artificio denominado por Popper como «materialismo promisorio».

El reduccionismo metodológico no fue un rasgo típico del pensamiento dieciochesco y decimonónico ya felizmente superado. También hoy se puede observar un reduccionismo menos estricto, pero no menos arbitrario que el precedente. Mientras en el pasado se reducía el conocer científico al que venía expresado por ciertas ciencias –sustancialmente por las ciencias de la naturaleza–, hoy se tiende a reducir el saber en cuanto tal a aquel que se manifiesta en ciertas formas de saber, o sea, en las ciencias o, si se prefiere, en la ciencia entendida en sentido amplio. En tal caso, se descartarían como formas de saber válidas tanto la filosofía como la teología o se equipararían estas al saber vulgar. La observación no es desde luego

infundada, y efectivamente, tal concepción constituye la esencia de lo que frecuentemente se suele indicar como reduccionismo metodológico.

Ciertamente el reduccionismo es siempre una postura tentadora, ya que permite explicar —aunque sea erróneamente muchos aspectos de la realidad mediante técnicas que uno domina: de este modo, se pone todo en función y en dependencia de la propia perspectiva. No son pocos los reduccionismos científicos que siguen ejerciendo una influencia profunda en el pensamiento actual. Basta pensar en los materialismos de diversos tipos, en el fisicalismo, en el biologismo, en el cientificismo antropológico, en el psicologismo freudiano, en el «socialismo científico» o en el materialismo cibernético, que analizaremos en el capítulo cuarto.

Frente a todo planteamiento reduccionista, hay que afirmar que ninguna ciencia o conjunto de ciencias es capaz de abarcar toda la realidad ni de predecirla adecuadamente. Quien se basa en una ciencia particular para construir la imagen de la realidad, la traiciona gravemente y, en última instancia, no la comprende. Verdaderamente, no escapan a los golpes demolidores de la reflexión crítica los intentos de defender sistemas o «visiones del mundo» que reducen lo diverso a unidad, lo heterogéneo a homogéneo, el pluralismo de lo real al monismo ontológico. En palabras del profesor Remo Cantoni:

Existe la dictadura 'etnocéntrica' del hombre biológico, del hombre económico, del hombre geográfico o sociológico, o del hombre ideológico, que siempre terminan en el 'pars pro toto' (tomar la parte por el todo). Estos personajes cómicos y a la vez trágicos, surgen como muñecos cada vez que un descubrimiento parcial salta las barreras de su legítimo núcleo y se corona a sí mismo, con ridículo anacronismo, emperador de las ciencias. Estas dictaduras epistemológicas restringen la mente a una cuadrícula de determinismos o condicionamientos, estereotipada y prisionera, incapaz de romper sus verdaderas o imaginarias cadenas (R. Cantoni, 1975: 15).

Una posible refutación del reduccionismo cientificista consiste en la existencia de la pluralidad de lenguajes, es decir, la consideración de que existen ciertos hechos que deben ser descritos solo con el lenguaje de la ciencia, pero otros pueden ser explicados con otros lenguajes autónomos y totalmente diferentes de los científicos. En efecto, la actitud del científicismo ha sido defender que el único lenguaje relevante fuese el científico. El científicismo, presuponiendo que un hecho puede ser descrito de un solo modo —el físico, químico, biológico, etc.—, señala que los límites de la ciencia son sencillamente los límites humanos de la capacidad de conocer el mundo. Entonces, cualquier explicación de la realidad que desborde el marco de lo científico se estima ilusorio o meramente conjetural. Lo que acaece es que se toma la propia ciencia como el rasero para valorar cualquier otra explicación sobre el mundo.

Pero el hecho de que un cierto tipo de lectura del mundo, que ciertamente se ha demostrado fértil, sea asumido como la única forma —y que, en consecuencia, se tienda a excluir otras formas alternativas de conocimiento— constituye un reduccionismo craso e inaceptable porque existen modos diversos de indagar, métodos legítimos de abrirse cognoscitivamente a la realidad. Tito Arecchi, profesor ordinario de Física superior en la Universidad de Florencia, propone esta misma tesis en los siguientes términos:

Analizando la capacidad y los límites del discurso científico, vemos cómo el punto de vista más correcto es un 'pluralismo realista' que enseña que todos nuestros lenguajes son limitados. Cualquier hecho es tan rico que las palabras con las que lo significamos son siempre incapaces de acoger todas sus dimensiones. El espesor de la verdad de tal hecho es tal que no puede agotarse con una sola descripción, es decir, con un solo punto de vista. El suceso, por tanto, puede ser leído desde puntos de vista diversos, y junto a la lectura física, puede darse una lectura metafísica, o también espiritual, de carácter sapiencial. Las posibles interpretaciones no se excluyen entre sí. Cualquier hecho, por tanto, es siempre más rico que los símbolos concep-

tuales dentro de los que se le intenta reducir: caben múltiples modos de lectura porque cada tipo de interpretación emplea instrumentos diversos» (T. Arecchi, 1990: 305).

De esta forma, las diversas modalidades del conocimiento no se oponen, sino que se complementan. En el conjunto del saber humano, la ciencia experimental ocupa un lugar importante, permitiendo el conocimiento y dominio progresivos de la naturaleza. Las dificultades comienzan cuando se rompe la armonía entre los diversos conocimientos, afirmando arbitrariamente que la ciencia experimental es el juez y modelo de todo conocimiento: eso ya no es ciencia ni consecuencia de la ciencia, sino una opción filosófica muy particular sin base científica. El cientificismo se autoconfuta; es contradictorio y estéril.

Pero, además, cualquier reduccionismo supone siempre un empobrecimiento del conocimiento humano, porque prohíbe considerar como reales muchos aspectos de la realidad completa que no son susceptibles de cuantificación y obliga a interpretarlos en función de esquemas rígidos y arbitrarios. Por ello, el cientificismo es también un obstáculo para el avance de la ciencia misma en la que pretende apoyarse: constituye un elemento de fosilización, de esclerotización de la ciencia, impidiendo su progreso. Cabría preguntar: ¿Se ha demostrado que solo es real y verdadero lo material y experimentable? ¿Tiene la ciencia positiva el monopolio de la verdad? ¿No se trata más bien de un prejuicio infundado?

En realidad, la mentalidad cientificista es muy poco científica, pues, como es obvio, la ciencia habla cada vez más de realidades que nadie ha visto, como por ejemplo, ciertas partículas elementales constitutivas de la materia, conocidas solo por deducción de fórmulas matemáticas y confirmadas únicamente por sus efectos. Por otra parte, tampoco corresponde a la ciencia decir qué es la ciencia. No es lo mismo hacer ciencia que teorizar acerca de la ciencia. Esta última tarea pertenece a la «ciencia de la ciencia», la cual, paradójicamente, no es realmente «ciencia», sino «filosofía», y recibe diversos nombres: filosofía de la ciencia, teoría de la ciencia, epistemología...

Por todo esto, el científicismo constituye un fraude intelectual, pues parasita de la peculiar fiabilidad de la ciencia experimental. Hay que decirlo claramente: el científicismo no es científico. Primero, afirma arbitrariamente que no hay nada que conocer fuera del mundo que analiza y estudia la ciencia experimental; después infiere de eso, la inexistencia de cualquier realidad que no sea extraída de la observación empírica. En rigor, esto es una petición de principio o, si se prefiere, la conversión de una limitación metodológica en una negación ontológica: lo más opuesto, en suma, a la mentalidad científica. Si se dice que la ciencia avala posturas materialistas, forzosamente se recurre a argumentos pseudo-científicos. Por ejemplo, si existen realidades espirituales, no podrán ser conocidas mediante el método científico-experimental, por lo cual, la ciencia en rigor no puede ni afirmarlas ni negarlas. Un «materialismo científico» es, por consiguiente, algo contradictorio.

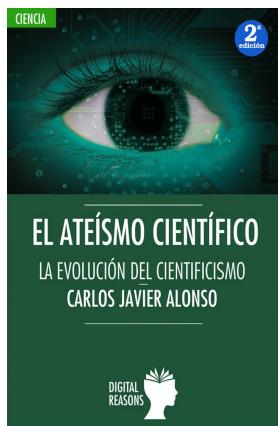
El presente ensayo pretende ser un diagnóstico lúcido, una auscultación necesaria de la civilización contemporánea, que exhibe, entre otras patologías, una fuerte indigestión de ciencia. La humanidad no ha sabido metabolizar correctamente el enorme progreso científico de nuestra época, por lo que el hombre se hace a menudo una idea equivocada de sí mismo y de su dominio del mundo, con las consecuentes repercusiones en la vida privada y pública.

El método de trabajo empleado en esta obra emprende, por tanto, un examen histórico del científicismo y un análisis crítico de los rasgos con que ha venido presentándose específicamente en la época contemporánea. Como es obvio, no se pretende, en ningún caso, establecer una identificación —que no existe— entre la ciencia y el científicismo, entre el conjunto de teorías científicas acerca de la realidad natural y una absolutización de la ciencia, respectivamente. Pero sí se intenta detectar e impugnar los elementos de científicismo que subyacen en algunas teorías supuestamente científicas, así como acometer el análisis crítico de algunos planteamientos pseudocientíficos de ciertos autores que incurren de un modo o de otro en científicismo.

La opinión pública actual es especialmente sensible ante todo lo que se presenta como científico. Y es importante que la ciencia se muestre ante todos como realmente es, afirmando lo cierto como cierto, lo hipotético como hipotético, sin dejarse dominar por ideologías extrañas y sin ceder ante la tentación de constituirse en juez y árbitro supremo de todas las cuestiones, misión imposible que nadie le ha confiado y que es incapaz de realizar. El remedio está, sobre todo, en manos de los científicos, quienes tienen la responsabilidad de exponer sus conocimientos tal como son, sin instrumentalizaciones ajenas a ellos, tanto en los medios especializados como en las obras de divulgación.

Afortunadamente, el cientificismo en ámbitos intelectuales ha dado ya suficientes síntomas de agotamiento, de esclerosis mental. La superación del reduccionismo científico nos abre el camino para ampliar el horizonte de nuestro saber. Es, desde luego, muy beneficiosa también para la propia investigación científica, que se aparta de los dogmatismos ideológicos y adquiere conciencia de su alcance y de sus límites. Y esta superación es imprescindible para avanzar hacia una concepción filosófica del mundo y del hombre que sea rigurosa y esté a la altura de nuestro tiempo.

¿Quiere seguir leyendo?



Acaba de leer el primer capítulo de *El ateísmo científico: la evolución del científicismo*, de Carlos Javier Alonso. El libro completo analiza en ocho capítulos cómo la absolutización de la ciencia se ha convertido en ideología, desde sus raíces históricas hasta sus exponentes actuales, distinguiendo siempre entre la ciencia y el científicismo.

[Comprar el libro completo ›](#)

bibliotecaonline.es/el-ateismo-cientifico

QUÉ ENCONTRARÁ EN EL LIBRO

- **Ciencia frente a científicismo.** Qué es la ciencia y qué es el científicismo, si toda la realidad es científica y las distintas formas del saber humano: ordinario, científico, filosófico y religioso.
- **El científicismo en su historia.** Las raíces del reduccionismo científico, el científicismo en la edad moderna, el positivismo y el neopositivismo.
- **Rasgos y pseudociencias contemporáneas.** Deformación ideológica, dogmatismo, extrapolación e irrefutabilidad; y el análisis del fiscalismo, el biologismo, el socialismo científico, el psicologismo freudiano y el materialismo cibernético.
- **Exponentes y epílogo.** Un recorrido por Monod, Sagan, Rostand, Lorenz, Dawkins, Atkins, Davies y Hawking, y un balance final sobre el científicismo hoy.

Un diagnóstico crítico de la civilización contemporánea, con referencias bibliográficas completas.

Digital Reasons

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-945247-1-4



Escanee para comprar